

El *Principium Rigans Montes*: ¿inicio o madurez del pensamiento tomista sobre la acción de enseñar?

The Principium Rigans Montes: Inception or maturity of thomistic thought on the act of teaching

LUIS MARIANO BÁRTOLI
Universitat Abat Oliba CEU
lbartoli@uao.es
ORCID ID: 0000-0003-0324-5532

Resumen: En el presente artículo se estudia la lección inaugural *Rigans Montes* de santo Tomás de Aquino con la finalidad, no solo de conocer las primeras reflexiones del Aquinate sobre el maestro y su valor, sino también para intentar descubrir si acaso en dicha obra ya está presente su doctrina acerca de la acción de enseñar que desarrollará más tarde en obras como *De Veritate* y la *Summa Theologiae*, en las que su pensamiento ya está maduro.

Palabras clave: Tomás de Aquino, maestro, enseñar, iluminación, providencia.

Abstract: *This article examines Thomas Aquinas' inaugural lecture Rigans Montes with the aim not only of understanding his early reflections on the master and its value but also of exploring whether his doctrine on the act of teaching—later developed in works such as De Veritate and the Summa Theologiae—is already present in this work, where his thought is more mature.*

Keywords: *Thomas Aquinas, teacher, teaching, illumination, providence.*

Introducción

Tomás de Aquino no solamente ha ejercido de modo ejemplar la acción de enseñar desde las aulas universitarias, sino que además ha reflexionado profundamente sobre la acción del maestro, no solo en su aspecto didáctico y metodológico, sino también en su dimensión antropológica y metafísica. Es por ello por lo que es posible encontrar en sus escritos una fuente inigualable donde poder comprender la naturaleza de aquella acción mediante la que un hombre puede comunicar la ciencia a otro.

Son conocidas sus reflexiones sobre la acción de enseñar en la *Summa Contra Gentiles*. Allí en el libro segundo, en relación con la necesidad de que existan creaturas intelectuales en el orden del universo, sostiene que el maestro enseña y causa la ciencia, precisando que “la ciencia es causada en el discípulo por el maestro no por modo de acción natural sino de acción artificial”¹, esto es, ayudando a través de su ministerio para que el propio discípulo cause la ciencia en sí mismo. Menos conocidas, por otra parte, son sus primeras reflexiones sobre el maestro que realiza en el *Scriptum Super Sententiis* de Pedro Lombardo, en el que, refiriéndose al hombre en el estado original, señala que

El que enseña es semejante al que mueve el dedo para mostrar algo; de ahí que, así como el hombre puede exteriormente mover el dedo para mostrar algo, pero no puede conferir la potencia visiva, por la cual aquel que es enseñado, advierta la doctrina visible; así también el hombre puede proferir exteriormente palabras, que son signos de la verdad, pero no puede producir la capacidad de entender la verdad que solo proviene de Dios².

¹ TOMÁS DE AQUINO, *Summa contra gentiles*, L. II, cap. 75, n.15.

² Ille qui docet, similis est ei qui movet digitum ad aliquid ostendendum; unde sicut homo potest exterius movere digitum ut aliquid ostendat, non autem potest conferre virtutem visivam; per quam ille qui docetur, doctrinam visibilem advertat; ita etiam potest homo exterius verba proferre, quae sunt signa veritatis, non tamen veri intelligendi virtutem praebere, quae a solo Deo est. Pro tanto ergo dicitur ipse solus Deus docere, quia vim intelligendi in nobis continet et causat; non ex hoc quod in qualibet cognitione veritatis novum lumen gratiae superinfundat. Qualiter autem diversimode Deus, Angeli et homo docere dicuntur, dictum est supra, dist. 9 (TOMÁS DE AQUINO, *In II Scriptum Super Sententiis*, d.28, q.1, a.5, ad 3.).

Aparece ya allí su conversación con san Agustín sobre la conciliación entre el maestro humano y el maestro divino y, sin negar la causalidad de este, admite Tomás de Aquino que no se opone dicho magisterio al del maestro humano.

Pero sin duda, los lugares más destacados y donde se encuentra un pensamiento más desarrollado y maduro son sus obras *De Veritate* y la *Summa Theologiae*, en las que sostiene con claridad no solo que el maestro es aquel que causa la ciencia en el discípulo, sino que profundiza en el modo como lo hace y en el orden más conveniente que debe ser entendida dicha acción. Esta madurez alcanzada en su pensamiento sobre el maestro nos parece, sin embargo, que ya estaba presente en la mente del Aquinate, de un modo en el que no estaba en ninguna otra obra en su lección inaugural *Rigans Montes*, la cual, supone, además, un elogio al maestro que merece ser conocido. De allí que nos proponemos en estas páginas mostrar con claridad que ese pensamiento maduro de sus dos obras principales está ya presente en el inicio de su actividad como Maestro de Sagrada Escritura.

I. La acción del maestro en *De Veritate*

Desde luego, la primera obra donde está el pensamiento más sistemático del Aquinate sobre el maestro es la cuestión 11 de su obra *De Veritate* conocida como *De Magistro*. Si bien es sabido que Tomás de Aquino no tiene un tratado sobre la educación en el que aborde esta cuestión de modo sistemático³, sino que se refiere a ella en relación con otros temas como, por ejemplo, el carácter natural del matrimonio⁴ o la acción generativa, sí que tiene, en cambio, un tratado específico sobre el maestro en el que se encuentra contenida la enseñanza fundamental sobre su acción propia.

En esta cuestión 11 se ocupa el Aquinate de reflexionar sobre el maestro a partir de las enseñanzas de San Agustín en una obra también llamada *De*

³ Cf. E. MARTÍNEZ, *Persona y Educación en Santo Tomás de Aquino*, 27 “No hay en su obra ningún tratado sistemático dedicado a dicha temática (educación). Esto podría llevar a pensar que no es posible adentrarse en el saber pedagógico desde el pensamiento del Ángel de las Escuelas, y nada más lejos de la verdad. Santo Tomás afirmó los principios fundamentales de la Pedagogía, tanto desde el dato revelado, como por medio de la luz natural de la razón humana, pero lo hizo con ocasión de estudiar otras cuestiones”.

⁴ TOMÁS DE AQUINO, *Scriptum Super Sententiis*, L. IV, d. 26, q.1, a.1, in c.

*Magistro*⁵. En esta obra escrita en Tagaste hacia el año 389, el obispo de Hipona se cuestiona, a través de un diálogo con su hijo Adeodato, sobre el valor del lenguaje y sobre la capacidad que tiene este de causar la ciencia en el discípulo: ¿Es posible enseñar? ¿Qué papel cumple el lenguaje? ¿Puede el lenguaje transmitir y comunicar la ciencia? ¿Quién es el verdadero maestro? Estas y otras preguntas las responde siguiendo su doctrina de la iluminación⁶. Según san Agustín, en primer lugar, las ideas son innatas, de modo que los conocimientos que posee el ser humano están precedentemente en nuestra inteligencia, antes de que la conciencia los reconozca. Estas ideas fueron infundidas en nuestra mente, al ser creada, como semillas sembradas por la sabiduría divina. Están allí, como esperando que alguien nos haga tomar conciencia de ellos. El alma, como imagen de Dios, conlleva unas verdades eternas, que si alguien las activa, se recuerda porque se encontraban virtualmente en ella. La memoria es, por tanto, una facultad de conocimiento de lo pasado, pero también de las verdades eternas sembradas en la mente fuera del tiempo.

La enseñanza es el proceso por el que unas cosas latentes salen a luz y se hacen nítidas y claras. Y, en ese sentido, se asimilan a verdades recordadas y vueltas a presentarse a la inteligencia. Es una reminiscencia. De allí que diga al comienzo de la obra: “Mas desde ahora afirmo que hay dos motivos para hablar: o que enseñemos o que recordemos, a otros o a nosotros mismos”⁷. La función del maestro es, en esta perspectiva, dirigir el proceso de aparición de esos conocimientos y juzgar de su verdad.

En segundo lugar, argumenta el santo, es necesaria la mediación de los símbolos y las palabras en toda enseñanza. Todo lo que sabemos nos llega a través de los sentidos, pero ellos en sí no son la verdad, sino una representación simbólica de la verdad eterna. Por tanto, el hombre tiene que ir más allá de los símbolos, para alcanzar el conocimiento de *la* verdad. Las palabras no son más que signos de las cosas reales y muy débiles para transmitir la realidad de las cosas. Su función es más bien evocar en el interior del individuo un tipo de imágenes similares a las formas reales. Pero es solo el propio discípulo el que, mediante esa evocación, percibe la verdad univer-

⁵ Cf. A. OSUNA, “El maestro. Introducción”.

⁶ Cf. A. FOSBERY, *La doctrina de la iluminación y el medioevo*.

⁷ AGUSTÍN DE HIPONA. *El maestro o sobre el lenguaje*, 62.

sal. De ese modo, las palabras son meros signos que nos hacen recordar las cosas, pero de ninguna manera puede atribuírseles ser causa de la ciencia del discípulo. Por esta razón, afirma San Agustín, que la causa de la ciencia es dicha percepción interna de la mente y, de ningún modo, un maestro externo que informe a través de signos: “Entendemos las cosas, no indagando las palabras externas que nos hablan, sino escuchando interiormente la verdad que reina en el espíritu; las palabras externas sólo nos incitan a escuchar el interior”⁸. En el interior del hombre está la verdad y el maestro mueve a que el discípulo mire dentro, pero no causa la ciencia como quien comunica un saber que el discípulo no tiene. Las palabras del maestro nos conducen a escuchar al verdadero Maestro. Por eso, sigue diciendo San Agustín: “Y esa verdad que es escuchada y que enseña, es Cristo que habita en el hombre”⁹.

Esto último nos conduce al tercer aspecto de la doctrina enseñada por el Hiponense, a saber, el conocimiento de la verdad se debe a una iluminación divina de Dios en el interior del hombre, en el interior del discípulo. La realidad conocida es superior a los signos y palabras que nos sirven para conocerla. Y la verdad conocida y enseñada es, en última instancia, Cristo, que habita en nuestro interior. A esa verdad es a la que se vuelve el discípulo cuando conoce la verdad, la cual es la que el maestro pretende enseñar, no simplemente sus propias ideas o pensamientos sobre las cosas. El maestro conduce a la verdad, pero no la causa en el discípulo. Dios, como maestro interior es el verdadero causante de la ciencia.

Tomás de Aquino tiene estas ideas presentes en su reflexión sobre el maestro, por tanto, enfrentado a esta doctrina y a otras ideas que niegan la causalidad del maestro humano, aunque siempre salvando la enseñanza de Agustín, afirma que siendo Dios, desde luego, causa de esa causalidad interior de la verdad en el discípulo, sin embargo, no por eso niega que el maestro no sea también causa de la ciencia desde el exterior. Así dice en el art. 1 de la q.11:

Dios puso en nosotros la luz de esta razón por la que estos principios nos son conocidos a modo de cierta semejanza de la verdad increada, hecha presente en nosotros. Y como toda enseñanza humana solo puede tener eficacia en vir-

⁸ *Ibidem*, 75.

⁹ *Ibidem*, 83.

tud de aquella luz es manifiesto que **Dios es el único que enseña interior y principalmente**, al igual que la naturaleza es quien interior y principalmente causa la salud. Pero esto no impide que también el hombre cure y enseñe con toda propiedad¹⁰.

En efecto, enseña Tomás de Aquino que Dios enseña interiormente al comunicar la luz del entendimiento en el que están contenidos, como semillas de la ciencia, los primeros principios que permiten al hombre ser capaz de causar la ciencia por sí mismo, todo esto, sin negar la causalidad exterior que realiza el maestro a partir de las palabras que exteriormente le propone al discípulo. Una causalidad que será por tanto verdadera causalidad, pero que al contar con la acción causal del propio discípulo será siempre causa coadyuvante o causa subsidiaria, que buscará imitar lo que hace la naturaleza. Así lo enseña el Aquinate:

Quando preexiste algo en potencia activa completa, entonces el agente extrínseco no obra sino ayudando al agente intrínseco, y ofreciéndole aquello que le hace posible llegar al acto; así como el médico, cuando cura, es ayudante de la naturaleza, que es la que obra principalmente, confortándola y aplicando los remedios que ésta utiliza como instrumentos para la curación. Cuando algo preexiste solamente en potencia pasiva, entonces es principalmente el agente extrínseco el que educa de la potencia al acto; así como el fuego hace del aire, que siendo fuego en potencia sea fuego en acto¹¹.

En tanto que el discípulo tiene en su entendimiento la luz de los primeros principios es capaz de causar en sí mismo la ciencia, por lo que el maestro obra asemejándose al médico y no al fuego o al escultor: siempre como verdadera causa, pero causa coadyuvante o auxiliar, nunca como causa principal.

De este modo, frente a la posición agustiniana, pero sobre todo en oposición a las teorías averroístas y neoplatónicas salva la causalidad del propio discípulo y, más importante, salva la causalidad exterior de la ciencia que realiza el propio maestro. Por eso define la acción del maestro diciendo: “se dice que el hombre causa la ciencia en otro por la operación de la razón

¹⁰ TOMÁS DE AQUINO, *De Veritate*, q.11, a.1.

¹¹ TOMÁS DE AQUINO, *De Veritate*, q.11, a.1, in c.

natural de éste. Y esto es enseñar. Por ello decimos que un hombre enseña a otro y es su maestro”. El maestro causa de modo eficiente la verdad en la mente del discípulo, pero no como causa principal, sino contando con la operación del propio discípulo. Y es que, de otro modo, si se negara dicha causalidad de la acción del maestro, si se le redujese su acción a simple facilitador o eliminador de obstáculos; si el maestro solo dispusiese al alumno, pero sin causar la ciencia, dice Tomás de Aquino, se derogarían el orden del universo.

Esta afirmación, desde luego, supone una consideración del maestro que excede con creces la simple consideración del modo en el que causa la ciencia. Se trata aquí de apreciar cómo la acción de enseñar se ubica en el orden de todo el universo según aquello que ha sido pensado y querido por el mismo Dios. Negar la causalidad del maestro, negar la acción iluminadora del maestro en la mente del discípulo no es otra cosa que negar un orden y una disposición superior, porque sería negar “la ordenada conexión de causas y conforme a las cuales la causa primera, por eminencia de su bondad, otorga a las otras cosas no solo el existir sino también el ser causas”¹². Dicho de otro modo, el maestro ha sido querido por Dios para ocupar un lugar muy especial en el orden del mundo, ha sido pensado por Dios para manifestar más plenamente su bondad. El maestro ha sido, desde toda la eternidad, querido con su ciencia, con su modo de ser, con su generosidad y dedicación, pero también con sus imperfecciones, con sus decisiones equivocadas, con sus debilidades, pero ha sido expresamente querido por Dios porque, aún con todo eso, la acción del maestro que enseña a su discípulo manifiesta más perfectamente la bondad de Dios.

Estas ideas que están presentes en *De Veritate*, serán profundizadas y llevadas a su máximo esplendor en la *Summa Theologiae*

II. La acción del maestro en la *Summa Theologiae*

Tomás de Aquino continuó con la reflexión sobre el maestro en la *Summa Theologiae*, no obstante, en esta obra lleva la explicación a su plenitud. Si bien es cierto que la doctrina es la misma porque también sostie-

¹² TOMÁS DE AQUINO, *De Veritate*, q. 11, a. 1, in c.

ne aquí que el maestro causa la ciencia y que es causa coadyuvante de ella en el discípulo, sin embargo, hay que advertir que en esta obra la cuestión adquiere una profundidad metafísica diferente debido al lugar en el que aborda la acción de enseñar. No solo enseña santo Tomás por lo que dice, sino por el lugar en el que lo dice y en esta cuestión se manifiesta. ¿Cuál es ese lugar? Nada menos que el tratado del gobierno divino. La acción de enseñar es tratada en la primera parte de la *Summa Theologiae*, cuestión 117, hacia el final del Tratado de la providencia y del gobierno divino. No está en el tratado sobre el hombre, ni en el de los hábitos, ni en su reflexión moral, sino en el orden de la providencia, lo cual hace manifiesto el acercamiento a la cuestión desde principios últimos, lo que a la vez hace posible una más adecuada comprensión de dicha acción

Como señalamos más arriba, la doctrina es la misma que en el *De Veritate*. Dice el Aquinate: “El que enseña causa ciencia en el que aprende haciéndole pasar de la potencia al acto”¹³. De este modo afirma claramente el Aquinate que el maestro comunica el saber al discípulo, causa verdaderamente la ciencia en el que aprende. Sin embargo, del mismo modo que lo hacía en el *De Veritate*, sostiene que esa causalidad no es principal ni única, sino que es secundaria, en tanto que el discípulo puede causar por invención o investigación la ciencia en sí mismo:

El hombre adquiere la ciencia a veces por un principio interno, como es el caso de quien investiga por sí mismo; y, a veces, por un principio externo, como es el caso del que es enseñado. Pues a cada hombre le va anejo un principio de ciencia, la luz del entendimiento agente, por el que, ya desde el comienzo y por naturaleza, se conocen ciertos principios universales comunes a todas las ciencias. Cuando uno aplica estos principios universales a casos particulares cuyo recuerdo o experiencia le suministran los sentidos, por investigación propia adquiere la ciencia de cosas que ignoraba, pasando de lo conocido a lo desconocido. De ahí que también todo el que enseña procura conducir al que aprende de las cosas que éste ya conoce al conocimiento de las que ignora, siguiendo aquello que se dice en *I Poster.*: *Toda enseñanza, dada o adquirida, procede de algún conocimiento previo*¹⁴.

¹³ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, q.117, a.1, in c.

¹⁴ *Ibidem*.

De modo que el maestro causa la ciencia, pero contando con la luz del entendimiento del propio discípulo que puede causar por sí mismo la ciencia. De allí que si bien el maestro causa el saber lo hace como causa coadyuvante y secundaria, nunca como causa principal. No es su acción semejante a la de un escultor, sino a la del médico que, a través de sus medicamentos y tratamientos, posibilita que el paciente por virtud de la fuerza médica que hay en el organismo, se causa la salud¹⁵.

Ahora bien, aunque como se aprecia la doctrina es la misma que en el *De Veritate*, el lugar en el que pone Tomás de Aquino la acción del maestro en esta obra permite de modo más evidente mostrar que la acción de enseñar la verdad, es decir, de iluminar a otro, se inscribe en una dinámica de comunicación de bien. No puede comprenderse la acción del maestro como una coacción o limitación, sino una ayuda que fortalece y mejora al discípulo. Entender la acción del maestro como iluminación del entendimiento del discípulo, supone comprenderlo como una acción que participa de la acción iluminadora de Dios a todas las creaturas intelectuales y, por tanto, como comunicación del sumo Bien que por naturaleza es difusivo de sí, pero también de la verdad que es perfección del entendimiento. Dicho más simplemente, se manifiesta más la bondad de Dios si se la entiende como una comunicación de luz, como una acción manifestativa y difusiva, no solo del bien, sino de la verdad.

En efecto, aquí brilla con especial esplendor la síntesis que logra Tomás de Aquino al considerar de modo equilibrado las diversas causalidades que intervienen en la adquisición de la ciencia por parte del discípulo. Causalidad de Dios, causalidad del discípulo y causalidad del maestro. Esta presentación de la acción del maestro en la *Summa Theologiae*, decimos que es especialmente lograda y esplendorosa, precisamente porque la absolutización o la consideración desmedida de alguna de estas causalidades han dado lugar a diversos errores en el orden educativo:

1. Por una parte, la absolutización de la causalidad divina ha dado lugar a doctrinas en las que se niega completamente la causalidad de las creaturas,

¹⁵ Especialmente contrario a la comparación del maestro con el constructor y que sostiene con firmeza la analogía del médico y el maestro siguiendo a Tomás de Aquino es Jacques Maritain. Ver J. MARITAIN, *La educación en la encrucijada*.

como son el caso de las propuestas por Averroes o Avicena¹⁶, o aquellas derivadas del ocasionalismo. Estas posturas exaltan de manera tal la acción divina que se incapacitan para reconocer la acción propia de las creaturas, lo cual tiene enormes consecuencias en la acción del maestro, puesto que no solo se niega la causalidad de este, sino que también la del mismo discípulo.

2. En segundo lugar, la absolutización de la acción del maestro ha dado lugar a teorías conductistas para las que la interioridad de la persona es irrelevante o sencillamente no existe. Al considerar al discípulo como un cubo vacío, toda la adquisición de saber procede de una acción exterior, mecánica y muy semejante al adiestramiento. No se comprende la acción del maestro como ayudando a que se lleve a cabo una acción propia del discípulo, sino como la única acción que interviene en la adquisición de la ciencia¹⁷. El maestro sería aquel que vierte los conocimientos en el discípulo impidiéndole pensar por sí mismo. Esta postura niega la interioridad de la persona humana, haciendo de la enseñanza una mera acción exterior. Fundados en un materialismo determinista, niegan toda acción espiritual y mucho menos, divina. Cuando los modernos pedagogos se refieren a la “enseñanza tradicional”, piensan sobre todo en estas posturas.

3. Finalmente, la absolutización de la acción interior del discípulo está presente en ciertas pedagogías contemporáneas que no solo relegan la acción del maestro a un lugar secundario y accidental, sino que se muestran incapaces de considerar su acción propia, dejándolo solo como facilitador de materiales o creador de ambientes que favorecen la actividad del discípulo que es el único capaz de causar el conocimiento en sí mismo¹⁸. Esta postura no solo niega, por su materialismo, la causalidad divina, sino que también niega la causalidad exterior del maestro, haciendo del alumno el único y exclusivo creador de la ciencia.

Tomás de Aquino, a partir de la consideración del orden superior de la moción de las creaturas, va mucho más allá de lo expuesto en el *De Veritate*, en tanto que salvaguarda, en su perfección y jerarquía, las diversas causalidades que se ordenan a un único efecto: la ciencia en el discípulo. Dios,

¹⁶ Ver TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, q. 117, a.1 y *De Veritate*, q.11.

¹⁷ M. ECHAVARRÍA, “Influencias de la psicología contemporánea en las corrientes pedagógicas”, 49-85.

¹⁸ I. ENKVIST, *La educación en peligro*, 47.

que obra en todo aquello que obra, es causa primera e interior de la ciencia dando a participar su Luz en los entendimientos creados: “Impresa está en nosotros la luz de tu rostro”¹⁹. Dios es así Maestro interior de todo hombre. Negar esa causalidad supone desconocer el orden mismo del universo y la misma omnipotencia divina²⁰, porque situados en el orden del gobierno divino, en la medida en que la acción es más de Dios, es a la vez más de la criatura, puesto que es Dios mismo el que da a la criatura su capacidad para obrar. Por ello, aunque Dios obra en todo el que obra, la criatura también posee una acción propia. Dios quiere dar a la creatura, quiere hacerla propiamente activa y eficiente. En esto consiste el orden querido por Dios, en que Dios para manifestar su bondad, comunica también la causalidad a las criaturas, por lo que obra en todo el que obra, pero posibilitando que la criatura también obre y sea capaz de causar. En esto insiste de manera especial el Aquinate, esto es, que Dios, pudiendo causar la ciencia directamente en los entendimientos creados de manera exclusiva y única, ha querido comunicar la causalidad de la misma a las criaturas, de modo que hay que afirmar como real y verdadera la acción causal que realiza el mismo discípulo como causa interior y principal de la ciencia en su entendimiento. El hombre ha recibido de Dios una luz por la que es capaz de generar el hábito de ciencia en sí mismo: y dicha acción iluminativa del propio discípulo no es disminuida ni coartada por la acción divina, antes, al contrario, cuanto más perfectamente está presente Dios en la creatura causando la ciencia, más luz hay en el entendimiento del discípulo que capacita más perfectamente a este para causar²¹.

Ahora bien, siendo el hombre un ser intelectual pero temporal y mortal y, por tanto, consciente de su propia finitud, busca avanzar en el perfeccionamiento de sí mismo a través de la adquisición de las ciencias. “El género humano vive del arte y del razonamiento”²². Dios ha querido para el bien de todo el género humano que el conocimiento se comunique de generación en generación para que pueda ser conservado y acrecentado, porque de otro modo no podría el hombre llegar del todo a su plenitud. De tal manera que,

¹⁹ Salmo 4, 7.

²⁰ Ver TOMÁS DE AQUINO, *De Veritate*, q.11, a1, in c.

²¹ Cf. A. MILLÁN PUELLES, *La formación de la personalidad humana*.

²² ARISTÓTELES, *Metafísica*.

aunque el hombre es creado por Dios siendo capaz de adquirir la ciencia por sí mismo, también ha sido creado como siendo capaz de comunicarla a otro a través de la enseñanza. De modo que sin negar al discípulo su acción propia por la que genera la ciencia, sin negar su principalidad en la acción causal de la ciencia, también es necesario reconocer la verdadera causalidad que ejerce el maestro en la comunicación de la ciencia a su discípulo a través de su propia acción iluminativa, pero como causa segunda, exterior y coadyuvante. Esta acción de parte del que enseña, ni disminuye la acción causal de Dios, ni limita la acción del discípulo, sino que mientras que fortalece y perfecciona la acción de este último, manifiesta más la bondad de Dios, puesto que mayor perfección hay si una cosa, además de ser buena en sí misma, puede ser causa de bondad para otras, que si únicamente es buena en sí misma. Y, por eso, de tal modo Dios gobierna las cosas, que hace a unas ser causas de otras en la gobernación²³.

La acción del maestro viene a exaltar más plenamente el orden divino que busca que la Verdad sea conocida y manifestada. Esto es especialmente interesante y merece ser destacado. En efecto, Dios ha querido dar a participar su luz a la criatura intelectual para que por sí misma, con plena “autonomía” pueda causar la ciencia en sí mismo. Pero a la vez, Dios ha querido maestros que sea capaces de comunicar por su acción propia, la ciencia a otro. La capacidad de cada hombre de adquirir la ciencia por sí mismo, es sin duda, manifestación del poder y de la bondad de Dios. No obstante, el orden del universo manifiesta más el poder y el amor de Dios al poner en él unos hombres que a través de su ciencia pueden comunicarla a otros de tal modo que le posibilitan ver aquello que antes no podían. Dicho más claramente, más se manifiesta la bondad de Dios a través de la acción del maestro que a través de la misma capacidad del entendimiento humano de adquirir la ciencia por sí mismo. De tal manera ama Dios al maestro que, aunque ha dado al hombre la participación de su Luz intelectual, ha querido, no obstante, que este reciba de otro una luz que le fortalezca y le permita generar la ciencia en sí mismo. Y por eso, refiriéndose a la iluminación de un ángel sobre otro dice Tomás de Aquino:

²³ Ver TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, q.103, a.6, in c.

Todas las criaturas se asemejan a la bondad divina en difundir a otras el bien que poseen; pues comunicarse es propio del bien. Vemos que incluso los agentes corporales comunican a otros su semejanza en la medida de lo posible. Por lo tanto, cuanto más participan las causas de la bondad divina, tanto más aspiran a transmitir a otros sus perfecciones²⁴.

Dios ha querido contar con los maestros para manifestar más plenamente su bondad, puesto que no solo se ha contentado con comunicar el ser a las creaturas, sino que les ha dado también la capacidad de comunicar la bondad. Así se entiende más claramente cuando, refiriéndose a las órdenes religiosas y su perfección, dice Tomás de Aquino: “así como es más perfecto iluminar que lucir, así es más perfecto comunicar a otros lo que se ha contemplado, que solo contemplar”²⁵. En efecto, se asemeja uno más a Dios al comunicar el bien a otro. El maestro así es un bien querido por Dios para acrecentar y transmitir la cultura y el conocimiento, una fuente de luz en la vida humana, tanto que Dios, al ponerlo en ese orden, parece querer más la causalidad del maestro, que la misma capacidad del ser humano de generar la ciencia en sí mismo.

III. Aproximación a la lección inaugural *Rigans montes*

Pues bien, esta doctrina tan profunda y esclarecedora acerca de la acción del maestro que está en el *De Veritate* y que está más explicitada en la *Summa Theologiae*, su gran obra de madurez, creemos que Tomás de Aquino ya la tenía en su consideración desde el inicio de su actividad docente, porque intentaremos mostrar que dicha doctrina está ya contenida como en su raíz en un texto del año 1256, unos tres años antes de la redacción del *De Veritate*. Nos referimos a su lección inaugural en la universidad de París conocida como *Rigans montes*.

En febrero del año 1256, Aymeric de Veire, el canciller de la Universidad de París, concedió la *licentia docendi* a fray Tomás, quien desde el año 1252 se desempeñaba como bachiller bíblico en una cátedra externa del convento de Santiago asociado a la universidad, así como bachiller sentenciario comentando las sentencias de Pedro Lombardo. Dicha “*licentia*” le

²⁴ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, q.106, a.4, in c.

²⁵ TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología*, II-II, q.188, a.3, in c.

posibilitaba ser admitido para enseñar y predicar públicamente y de modo especial, para presidir los actos magisteriales, esto es: actos escolásticos, disputas solemnes y determinar o dirimir las cuestiones. Es por ello que, por intermedio del Prior del convento de Santiago, le llega la orden a Tomás de Aquino de que debe prepararse para recibir el título de *Magister in Sacra Pagina*, para lo cual debía jurar los Estatutos de la corporación de maestros y exponer solemnemente ante el claustro magisterial y los estudiantes el *Principium*, o “lección inaugural”²⁶. Según cuenta Tocco²⁷, [Tomás] se excusó ante su superior alegando insuficiencia teológica y ser ocasión de discordias y revueltas, pero obligado por la obediencia, no pudo negarse. Se puso en oración no sin pocas lágrimas y, durante la noche siguiente, se le apareció en sueños un hermano dominico²⁸ de aspecto venerable que le preguntó la razón de su oración tan insistente. Después de que Tomás le explicara el porqué, añadiendo que no sabía de qué tema podría tratar, la aparición le tranquilizó y le propuso el tema de su posterior lección: “Desde tus moradas riegas los montes, la tierra se sacia de tus nubes”, que es el comienzo del salmo 103.

La obediencia de Tomás, incluso a estas inspiraciones, será la que le lleve a reflexionar por primera vez *in recto* sobre la acción de enseñar, y decimos “*in recto*”, porque se había referido a la enseñanza en el *Scriptum Super Sententiis de Pedro Lombardo*, aunque de modo accidental como hemos señalado al comienzo. Pero, pese a ser en su lección inaugural la primera vez que aborda este tema, ya se aprecia el germen de un pensamiento claro y profundo, pero que, no obstante, seguirá desarrollando con los años.

III. 1. El maestro y la acción de enseñar en la lección *Rigans Montes*

La lección inaugural que lleva por título *De Commendatione Sacrae Scripturae*²⁹ es un comentario, como lo hemos avanzado anteriormente, al

²⁶ P. E. GÓMEZ, *Escritos sobre el Principium “Rigans Montes” de Santo Tomás de Aquino – Homenaje al Dr. José Ramón Pérez*.

²⁷ Citado en: J.P. TORREL, *Iniciación a Tomás de Aquino: Su persona y su obra*.

²⁸ Santo Domingo de Guzmán

²⁹ TOMÁS DE AQUINO, *Rigans Montes*, 1.

versículo 13 del Salmo 103: “*Rigans montes de superioribus suis: de fructu operum tuorum satiabitur terrae*”. Luego de un prólogo, Santo Tomás expone en cuatro partes el pensamiento en el que elogia, no solo a la Sagrada Escritura, sino al maestro de teología. No obstante, la profundidad de lo expuesto permite también extraer reflexiones sobre el maestro de Filosofía, e incluso sobre la acción del maestro humano en general, lo que le hace sumamente provechosa para entender más perfectamente la naturaleza de esa acción.

Comienza Tomás de Aquino con una ley establecida por Dios mismo y que menciona el Pseudo Dionisio en su obra *De Ecclesiastica Hierarchia*: “El rey y señor de los cielos estableció desde toda la eternidad, esta ley: que los dones de su providencia llegaren a las cosas ínfimas a través de las medias”³⁰. Tal como lo hemos visto en el *De Veritate* y, sobre todo, en la *Summa Theologiae*, se aprecia aquí claramente que Tomás de Aquino ubica la cuestión en el orden de la providencia, según el cual, Dios conduce a sus criaturas a su plenitud sirviéndose de las mismas criaturas como causas segundas. En efecto, las criaturas no son juguetes en las manos de Dios, sino que tienen una consistencia ontológica propia y, por tanto, también, capacidad de obrar y causar perfecciones en otros. Así lo sostiene el Aquinate: “Ahora bien, mayor perfección es si una cosa, además de ser buena en sí misma, puede ser causa de bondad para otras, que si únicamente es buena en sí misma. Y, por eso, de tal modo Dios gobierna las cosas, que hace a unas ser causas de otras en la gobernación”³¹.

Se aprecia, entonces, cómo Dios, Bondad infinita, desde toda la eternidad, ha querido, para manifestar su amor y bondad que las criaturas puedan cooperar activamente con él en la ordenación de todas las cosas al bien y plenitud última de todo el universo. Y el maestro aparece en ese orden siendo causa de la ciencia en el discípulo.

Pero no contento con afirmar el orden del universo, siguiendo a Dionisio, nos enseña que ese orden en el que pondrá la acción de los doctores es un orden de iluminación: “Por esto, Dionisio, dice: Hay una santísima ley de la divinidad: que las cosas medias sean llevadas por las primeras a su divi-

³⁰ TOMÁS DE AQUINO, *Rigans Montes*, p. 26.

³¹ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, q.106, a.4.

nísima luz”. Insiste en que se aprecie que en el orden de la providencia unas cosas son llevadas por otras hacia su plenitud, pero ahora especifica dicha plenitud haciéndola identificar con la luz de Dios de la que participan las criaturas intelectuales. Las realidades superiores conducen a las inferiores mediante una iluminación. Por eso decimos con Pedro Gómez: “La luz divina y el ser que ella constituye se transmite, como por una cascada iluminadora”³². Dios, luz perfectísima, conduce a las criaturas hacia sí mismo, contando con la cooperación de las propias criaturas y dado que esto se aprecia incluso en las realidades corporales, se ha servido de una imagen tomada de esas realidades para mostrarnos el modo cómo la sabiduría infinita comunica sus perfecciones:

“De tus altas moradas riegas los montes...y así vemos en el mundo sensible cómo de las alturas de las nubes nacen las lluvias que riegan los montes de los que, a su vez, brotan los ríos por los cuales la tierra saciada es fecundada”³³. De modo similar, desde las alturas de la divina sabiduría, luz perfectísima podríamos agregar, reciben su riego las mentes de los doctores, representados por los montes, por cuyo ministerio la luz de la sabiduría divina se deriva a las mentes de los que oyen.

Aquí aparece ya con claridad, cómo Dios ha querido servirse de los doctores para comunicar su luz. Dios pudiendo iluminar directamente la mente de todos los hombres con su sabiduría ha querido comunicar esa luz a través de los doctores para que llegue a los discípulos manifestando así un orden de verdad y de bondad. Esto que estaba en la *Summa Theologiae* parece estar presente en este comienzo del *Principium*. Si bien Cristo es aquel que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, los hombres también son capaces de iluminar a otros hombres, siendo así maestros unos de otros y solo lo son en la medida en la que participan de la luz de Dios que la ha comunicado en la luz del entendimiento agente, en el cual están contenidos los principios de todas las ciencias.

De ese orden, deriva Tomás de Aquino la posibilidad de considerar los cuatro aspectos esenciales que permiten comprender la naturaleza de la acción del maestro: la altura de la doctrina, la dignidad de los maestros, la

³² P. E. GÓMEZ, *Escrito sobre el principium...*, 5

³³ TOMÁS DE AQUINO, *Rigans Montes*, p. 26

condición de los oyentes y finalmente el orden de la comunicación de la sabiduría. Con lo cual nos aparece sintetizada la acción del maestro que enseña desde la posesión de la ciencia (doctrina) que posee expresa y perfectamente en su entendimiento, pero respetando la causalidad del oyente que recibe esa luz de parte del maestro a través de los signos que le propone y afirmando la necesidad de que exista una metodología o una manera adecuada de comunicar esa luz. La genialidad de esta lección inaugural es, a nuestro juicio, que al estar estos aspectos en el marco de esa ley de comunicación de luz y de bondad, en el marco de esa sacratísima ley, queda salvaguardada también la acción de Dios como maestro interior y primero.

Tomás de Aquino continuará su lección explicando cada uno de estos aspectos referidos al maestro de teología, pero bien podemos seguirle en sus reflexiones para mostrar con claridad la nobleza de la acción de todo maestro y encontrar allí un modelo al cual seguir aquellos que viven abocados a esta actividad. No se trata de ser exhaustivo, sino de mostrar la grandeza de la acción docente, por lo que nos detendremos de modo especial en mostrar que, según la enseñanza del Aquinate, todo maestro, precisamente como ministro de Dios en la comunicación de su sabiduría, tiene una dignidad y una nobleza que merece ser elogiada.

Explica Tomás de Aquino que esa dignidad de los doctores está simbolizada en el salmo cuando dice: “que riegas los montes desde lo superior...”³⁴. Y este simbolismo responde a tres motivos:

1. En razón de la altura de los montes. Así como los montes están por sobre la tierra y cercanos al cielo, los maestros despreciando las cosas terrenas, solo aspiran a las celestes. Y de aquí se sigue que deben aspirar a las cosas celestes para estar a la altura de esa dignidad. Bien puede aplicarse a los maestros aquellas palabras de San Pablo: “Nuestra ciudadanía está en los cielos”³⁵. Y no se trata de una santidad o perfección idílica, alejada de esa realidad imperfecta que suele hacerse presente en nuestra vida, porque Dios cuenta con esa imperfección, no es algo ajeno a su mirada. Dios no espera de la imperfección de sus criaturas un obrar perfecto. Perfecto solo es Dios. Lo que nos enseña Tomás de Aquino es que, en razón de la altura

³⁴ TOMÁS DE AQUINO, *Rigans Montes*, p. 26.

³⁵ TOMÁS DE AQUINO, *Rigans Montes*, p. 28.

de los montes, de la dignidad de la acción docente, ha de haber un anhelo y una aspiración a vivir con los pies en la tierra y con la cabeza y el corazón en aquellas cosas que son las verdaderamente importantes. No importa si se es maestro de teología, de filosofía o de matemáticas, lo que verdaderamente importa es que, en cuanto maestro, más allá de lo que uno enseñe, se ha de aspirar a las cosas más nobles de la vida humana. Toda la docencia se ve permeada de la aspiración del maestro a lo sublime, a la altura de la vocación que posee.

2. En razón del esplendor, pues los montes son los primeros en ser iluminados por los rayos, y de modo semejante los maestros son los primeros en recibir la iluminación del intelecto. Esa iluminación del intelecto, no solo se ha de entender como la iluminación que comunica Dios al darnos la luz del entendimiento agente, sino que ha de entenderse, a nuestro juicio, como el esplendor que surge de la luz de la ciencia que el maestro posee en acto y que es participación de la sabiduría divina. Por eso que dice Tomás de Aquino de los maestros que “deben estar iluminados para extraer de la Escritura una enseñanza adecuada”³⁶. Desde luego que la teología representa una luz superior, manifestación de una sabiduría de otro orden, pero toda ciencia, en tanto, que conocimiento de la verdad sobre las cosas fundada en los primeros principios, es lo que permite poder decir que los maestros brillan como luminarias en el mundo, como dice Pablo en la carta a los Filipenses. No es en razón de la misma inteligencia, sino de la inteligencia elevada por el conocimiento de la realidad, por la inteligencia actualizada por la ciencia que es posible ser luz para los discípulos. Así cuanto más alto sea el conocimiento de la realidad, más esplendor habrá en la palabra del maestro. Porque el maestro no ilumina solo por el hecho de hablar, sino porque aquella palabra que comunica está dicha en conexión con las razones esenciales de las cosas. Por ello enseña Tomás de Aquino en relación a los ángeles, pero que puede aplicarse también al maestro humano, que “hay que tener presente que toda iluminación es en los ángeles locución, pero no toda locución es iluminación”³⁷. En efecto, iluminar supone una mayor perfección de posesión de la ciencia y de la verdad en la mente del maestro.

³⁶ TOMÁS DE AQUINO, *Rigans Montes*, p. 28.

³⁷ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I, q. 107, a.1, in c.

Cualquier puede hablar y comunicar algo a otro, pero no cualquiera puede conducir a otro a la verdad de su entendimiento (I, q.107, a.2).

3. En razón de la fortificación de los montes, porque por los montes la tierra se defiende de los enemigos. Así los doctores deben acudir en defensa de la verdad contra los errores. La nobleza de los maestros no solo les exige comunicar la verdad, sino denunciar el error, lo cual supone por parte del maestro una cierta actitud del espíritu, una cierta fortaleza del alma, que modere los miedos a ser criticado.

De este modo, concluye Tomás de Aquino que todo maestro debe ser eminente, ilustrado y fuerte. Eminente por la elevación de su vida, para que de ese modo pueda predicar con fruto hablando de aquello que lleva en su mente y en su corazón. Ilustrado para que pueda iluminar con su sabiduría y fuerte para refutar los errores. Pero este elogio de la acción docente queda aún más exaltado porque dicha acción está considerada en el contexto de aquella divinísima ley según la cual Dios gobierna el universo y lo conduce a la plenitud sirviéndose de las criaturas, de modo que la dignidad del que enseña, más allá de su tendencia a lo sublime, de la luz con la que ilumina a sus discípulos o de la firmeza en combatir los errores, se ve ennoblecida por ser una acción por la que se colabora con la bondad de Dios que busca el bien y la plenitud de sus creaturas. El maestro se hace así una fuente inagotable de bien, un río que conduce el agua de la ciencia a los fértiles valles de las mentes de sus discípulos. Todo lo cual, además, nos permite arribar a una conclusión concreta.

Conclusión

Luego de haber reflexionado sobre la enseñanza que ofrece Tomás de Aquino en su lección inaugural *Rigans Montes* podemos concluir que esa idea sobre el maestro tan magistralmente desarrollada en sus dos obras más importantes *De Veritate* y la *Summa Theologiae*, en la que el maestro está considerado en un orden de gobierno en el que Dios conduce a sus creaturas a su perfección contando con la acción causal de ellas mismas y, por tanto, apareciendo el maestro como aquel que comunica la ciencia al discípulo contando con la acción de este, esta idea, decimos, tan preclara y de gran hondura metafísica, ya estaba en la mente y en el corazón del Aquinate en la lección inaugural que ofreció para recibir el título de *Magister in sacra*

Pagina. Allí aparece claramente la acción causal del maestro, pero también aparece dicha acción en el orden de aquella ley sacratísima de la Providencia según la cual la Sabiduría divina se deja asistir por los maestros para conducir a la verdad a los hombres. Junto con ello, ya estaba allí presente la idea según la cual el maestro es luz para su discípulo, esto es, ilumina la mente del discípulo con su palabra sabia. De ese modo se aprecia que desde siempre Tomás de Aquino ha concebido al maestro como un bien querido por Dios para manifestar su bondad y no solo para suplir una determinada deficiencia. Es la misma Sabiduría que para conducir a los hombres a su plenitud ha querido contar con maestro humanos.

Referencias bibliográficas

AGUSTÍN DE HIPONA (2003). *El maestro o sobre el lenguaje*. Madrid: Trotta.

ECHAVARRÍA, M. (2012). Influencias de la psicología contemporánea en las corrientes pedagógicas. En: *Actas del Congreso Internacional: “¿Una sociedad despersonalizada? Propuestas educativas”*. Barcelona: Balmes. Vol. III, núm. 1.

ENKVIST, I. (2010). *La educación en peligro*. Pamplona: Eunsa.

FOSBERY, A. (2011). *La doctrina de la iluminación y el medioevo*. 2ª ed. Mar del Plata: FASTA Ediciones.

GÓMEZ, P.E. OSB. (2002). *Escritos sobre el Principium “Rigans Montes” de Santo Tomás de Aquino – Homenaje al Dr. José Ramón Pérez*. Recuperado en línea 19 de marzo de 2025: (99+) Escrito sobre el Principium “Rigans montes” de santo Tomas de Aquino - En homenaje al Dr. José Ramón Pérez “philosophans theologus” -

MARITAIN, J. (1965). *La educación en la encrucijada*. Buenos Aires: Ediciones Desclee de Brouwer.

MARTÍNEZ, E. (2002). *Persona y Educación en Santo Tomás de Aquino*. Madrid: Fundación Universitaria Española. Colección Tesis doctorales CUM LAUDE.

MILLÁN PUELLES, A. (1989). *La formación de la personalidad humana*. Madrid: Rialp.

OSUNA, A. (2001). El maestro. Introducción. En: TOMÁS DE AQUINO. *Opúsculos y Cuestiones selectas. Filosofía* (1). Presentación de M. F. SANTOS SÁNCHEZ; coord. A. OSUNA FERNÁNDEZ-LARGO. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

TOMÁS DE AQUINO (1994). *Suma de Teología*. P. ARENILLAS – A. MONTERO – A. ESCALLADA (trad.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

— (2000a). *Summa Theologiae*. En: THOMAE DE AQUINO. *Opera Omnia*, Recognovit ac instruxit E. ALARCÓN automato electrónico. Pompaelone ad Unversitatis Studiorum Navarrensis.

— (2000b). *Scriptum Super Sententiis*. En: THOMAE DE AQUINO, *Opera Omnia*. Recognovit ac instruxit E. ALARCÓN automato electrónico. Pompaelone ad Unversitatis Studiorum Navarrensis.

— (2001). *De Veritate*, q.11, a.1. En: *Opúsculos y cuestiones selectas I. Filosofía* (1). Presentación de M. F. SANTOS SÁNCHEZ; A. OSUNA FERNÁNDEZ-LARGO (coord.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

— (2004). *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo*. Volumen I/2, edición preparada por J. CRUZ CRUZ. Pamplona: Eunsas.

— (2007). *Rigans Montes – Hic est liber*. Madrid: Editorial EDIVE.

TORREL, J.P. (2002). *Iniciación a Tomás de Aquino: Su persona y su obra*. Pamplona: Eunsas.

